

saltaban los ojos de alegría. Lindo mozo por cierto, es preciso hacerle justicia; y luego olía como la gloria... y venía tan hinchado y satisfecho que apenas tocaba el suelo con los pies. Cogió la llave y nos dijo al subir la escalera muy



Á breve rato se paró delante de nosotros un coche de alquiler,

entonado y con aire de emperador, como para vengarse de lo pasado: « Pre-vendréis á esa dama que la puerta no está más que entornada... » Pipelet y yo teníamos tal curiosidad por ver á la deseada señorita, que aunque no espe-

rábamos que viniese, salimos de la portería y nos pusimos á la husma en la puerta de la calle... Á breve rato se paró delante de nosotros un coche de alquiler. « Ésta es — dije yo á Alfredo. Ahí está su *pencuria*. Retirémonos algo para que no se escame. » El cochero abrió la portezuela, y entonces vimos á una señorita con un manguito sobre las rodillas, un velo negro echado sobre la cara y tapada además la boca con un pañuelo, porque al parecer estaba llorando: pero héteme aquí que cuando estaba ya echado el estribo, en vez de bajar la tal señorita dijo algunas palabras al cochero, y éste volvió á recoger... el estribo y á cerrar la portezuela.

— ¿ Y no bajó la señora ?

— Ni por pienso: volvió á dejarse caer en el asiento de atrás tapándose los ojos con las manos. Yo corrí hacia el coche, y antes que el cochero hubiese subido al pescante le dije: « ¿ Qué es eso, amigo... así os volvéis sin?... » « Si, » me respondió. ¿ Y á dónde? » volví á preguntar. « Al mismo sitio de donde he venido. » « ¿ Y de dónde venís? » « Calle de Santo Domingo, esquina á la de Belle-Chasse. »

Rodolfo se estremeció al oír estas palabras.

El marqués de Harville, uno de sus mejores amigos, y el cual padecía de algún tiempo á aquella parte una profunda melancolía como llevamos indicado, vivía en la calle de Santo Domingo, esquina á la de Belle-Chasse. ¿ Sería acaso la marquesa de Harville la que así corría á su perdición? ¿ Sospecharía su marido de su conducta, y sería esto la causa de la melancolía que lo devoraba? Estas dudas invadieron de repente la imaginación de Rodolfo. Conocía la sociedad íntima de la marquesa, pero no se acordaba de haber visto jamás en ella á ninguno que se pareciese al comandante: y además aquella joven podría haber tomado el coche en la misma calle sin vivir en ella. Ninguna prueba tenía Rodolfo para creer que fuese la marquesa, y sin embargo una multitud de vagas sospechas alteró de tal modo su semblante, que su aire inquieto y absorto llamó la atención de la portera.

— ¿ En qué pensáis, caballero? — le dijo.

— Estoy discurriendo por qué esa mujer que ha venido al mismo portal cambió tan pronto de resolución.

— La cosa es clara... una idea cualquiera, el temor, una superstición... Nosotras las mujeres somos tan débiles... tan temerosas... tan irresolutas... — dijo la horrible portera con fingida timidez. — Me parece que si yo anduviera en esos trajines... pegándosela á mi Alfredo... ¡ Jesús! Dios me guarde el juicio... en lances así yo me desmayaría. ¡ Ay! ¡ nunca jamás, querido Pipelet del alma mía!... No hay debajo de las estrellas quien pueda alabarse de...

— Os lo creo, señora Pomona... ¿ Pero esa joven?...

— Yo no sé si era joven porque ni siquiera le he visto la punta de la nariz.

Pero lo cierto es que volvió á marcharse por donde había venido... y esto nos dió más contento al bueno de Pipelet y á mí que si nos hubieran regalado diez francos.

— ¿Por qué?

— Sólo el pensar en la cara que iba á poner el comandante, era cosa de morirse de risa... Por de pronto, en lugar de subir á decirle que su *gaya* se había ido... le dejamos esperar y hacer calendarios una hora larga... Subí por fin, llego á la puerta que no estaba más que entornada, la empujo, y se abre con ruido porque rechinaron los goznes. La escalera y la entrada de la puerta estaban oscuras como la noche... y héteme aquí que al punto de entrar me echa los brazos el bueno del comandante y me dice con un tonillo muy almibarado: « ¡Cómo tan tarde, ángel mio!... »

Rodolfo no pudo menos de sonreír, á pesar del serio pensamiento que le dominaba, especialmente al ver la grotesca peluca y el rostro abominable, arrugado y granujiento de la heroína de este lance ridículo.

Madama Pipelet continuó, haciendo unas muecas de alegría que la hacían aún más detestable:

— ¡Jé, jé, jé! ¡vaya, vaya! Pues aun falta lo mejor... Yo no respondí una sola palabra, detuve el aliento y me dejé abrazar del comandante... pero al cabo de un rato el muy grosero me da un empujón, y dice todo espantado con un tono de asco como si le hubiera picado una araña: « ¿Pero quién diablos está aquí? » « Soy yo, comandante, madama Pipelet la portera, y en tal categoría os intimo que recojáis las manos, y que no me agarréis por la cintura ni me llaméis vuestro ángel, diciéndome que vengo tarde. ¡Caramba! ¿y si mi Alfredo estuviese aquí? » « ¿Qué queréis? » me dijo furioso. « Comandante, la señorita acaba de llegar en un coche de alquiler. » « Pues bien, que suba. ¡Habrá estupidez igual! ya os he dicho que la hicieseis subir. » « Ya sé, comandante, que me habéis dicho que la hiciese subir. » « ¿Y entonces por qué?... » « Es que la señorita... » « ¡Explicaos, bruja, de una vez! » « Es que la señorita se ha vuelto por el mismo camino. » « ¡Vamos, sin duda habéis hecho alguna bestialidad! » — gritó más y más enfurecido. — « No, comandante, la señorita no ha bajado del coche: no bien el cochero abrió la portezuela, cuando le dijo que volviese á desandar el camino. » « El coche no debe estar lejos » — gritó el comandante arrojándose hacia la puerta. — « ¿Á dónde vais, si hace una hora que se ha marchado? » — le dije. « ¡Una hora! ¿por qué habéis tardado tanto en avisarme? » — gritó lleno de cólera. — « Porque temíamos incomodaros con la noticia de que esta vez volvíais á quedaros *in albis*. » Chúpate esa, — dije yo para mí. — Así aprenderás á no ponerme otra vez las manos en el pelo de la ropa. « ¿Salid de aquí, marchaos, vieja de los diablos, que no hacéis más que brutalidades! » — volvió á gritar desabrochándose la bata tártara y

arrojando al suelo el gorro griego de terciopelo bordado de oro... ¡Lindo gorro por cierto! ¿Y qué dirémos de la bata? ¡qué bata, santo Dios! turbaba la vista... parecía una luciérnaga...

— ¿Y después no han vuelto por aquí?

— No; pero oiga V. el fin de la historia, dijo madama Pipelet.

VII

LOS TRES PISOS

— El fin de la historia, es éste. Bajé corriendo y encontré á mi Alfredo. Precisamente estaba en nuestro cuarto la portera del 19 y cuando les referí que el comandante me había cogido por la cintura llamándome su ángel, no pudieron tenerse de risa.

En este momento el comandante salió de su cuarto y cerró la puerta, pero como oyó que nos reíamos no se atrevió á bajar, temiendo que nos burláramos de él. En esto la del 19 empezó á decir en voz alta. « Pipelet, ángel mio, ¡cómo tan tarde! »

Quando esto oyó el comandante entró en su cuarto y cerró la puerta con gran estrépito.

Luego abrió muchas veces y hasta que se convenció de que nadie le veía, no se atrevió á salir y eso bajando los escalones de cuatro en cuatro.

— Pero os expusisteis á que no volviese á ocuparos en su servicio.

— No haría tal... Le tenemos cogido por las narices... sabemos en donde vive su *hurgamandera*; y si nos dijese algo le amenazaríamos con descubrir el enredo... Además ¿quién se encargaría de servirlo por doce francos? ¿una mujer de fuera? ¡ya la daríamos buena vida, ya!... En fin, amigo mio, ¿creeréis que el miserable pasó una revista á su leña y la contó y recontó para ver cuantos palos le habíamos quemado?... Yo no tengo la menor duda de que es un señor nuevo, hecho por algún sastre de la noche á la mañana... un quidam, un nadie, un botarate... gastos de gran señor por un lado y economías de zapatero de viejo por otro. En una palabra, yo no le deseo otro mal, pero me alegraré que la tal señorita le haga rabiar tanto que se dé de calabazadas contra las paredes del cuarto. Apostaría algo á que mañana no viene la desconocida, aunque le haya ofrecido venir. Si viene veremos si es morena ó rubia ó que trazas tiene. Pero decidme, caballero, ¿no os parece que habiendo un marido por medio representa un papel muy ridículo? ¡Os confieso que me da lástima el pobrecillo! Pero con vuestro perdón voy á retirar del fuego el puchero porque ya empieza á chillar: es un estofado de vaca capaz de abrir